

Ibarra fueron destruídas. Del 13 al 16 en Guayaquil y en otras regiones de la república ecuatoriana se repitieron los temblores.

El 16 una sacudida en Popayán. El 17 se repitió en Ibarra y se sintieron otros durante varias horas. El 28 en Otavalo hubo dos fuertes y largos terremotos y así diariamente se sintieron algunos en la provincia de Imbabura" (163, p. 147).

Fue desolador este terremoto en el norte del Ecuador principalmente, y se dice que aplastó 3.000 personas en el recinto de Ibarra y 6.000 en Otavalo:

"García Moreno, presidente a la sazón de la república del Ecuador, dícese que apenas supo en Quito lo ocurrido y el pánico subsiguiente, montó a caballo llegando a Ibarra de un tirón.

Ya era hora, pues la población aterrada iba a perecer a consecuencia de las pestilenciales emanaciones que comenzaban a desprenderse de los cadáveres insepultos. Hizo Moreno tocar llamada, congregó a los habitantes en una plaza y en alta voz dio orden de despejar las ruinas, retirar los muertos y darles sepultura, sin que nadie se moviera" (9, p. 827).

1868, septiembre 15:—"en Medellín se sintió un fuerte temblor" (163, p. 147).

1868, octubre 18.—Toda la región del Valle del Cauca se estremeció con un temblor sobre el cual comenta el viajero Reiss:

"El 16 de octubre pude finalmente partir de Manizales. Necesité 2 días y medio para que recorriendo las vertientes de la cordillera pudiera llegar a Cartago en el Valle del Cauca. El día 18 de octubre, el día de mi llegada a aquel lugar, experimentaron un temblor bastante fuerte los habitantes, tanto más fuerte cuanto que al tiempo del temblor toda la población estaba reunida en la iglesia. La misa tuvo que ser terminada al aire libre, porque la gente, con apresuramiento salvaje, se salió de la iglesia" (152, p. 59).

1868, diciembre 31, y

1869, enero 1^o.—El 1^o en Socorro “estado de Santander, Colombia, nuevo temblor menos fuerte que el de la víspera”. (Note sur les tremblements de terre en 1870 avec supplé pour 1869. Extrait du t. XXIV. des Memoires publiés par l’Acad. r. de Belg. 1874).

1869, marzo 6:

“Bogotá. El temblor del 6 sacudió toda la región desde Bogotá en el sur hasta la costa de Venezuela en el norte. Tuvo su punto de origen en la Cordillera Oriental y se sintió especialmente duro en el valle del río Magdalena. En El Banco 3 sacudidas las más fuertes que se hayan experimentado hasta ahora. Todas las casas han sido sacudidas más o menos y en el suelo aparecieron grietas en varios puntos” (163, p. 147).

1869, marzo 20:

“El 20, a las 4 de la mañana, en Quito un temblor prolongado, más fuertemente aún en Esmeraldas y muy violento en Barbacoas” (127, p. 15).

1869, octubre 4. En Popayán 2:30 a.m.—En este día, a las 2 1/2 de la mañana, hubo una fuerte explosión del cráter volcán Puracé, e inmediatamente a la vista de los habitantes profundamente aterrados surgió una enorme columna de humo acompañada de bombas inflamadas que parecían estallar en el aire. Antes de la explosión se produjo un pequeño temblor de tierra y crecientes de lodo y agua de la nieve fundida inundaron praderas y aniquilaron sembrados.

•Reiss añade que:

“En la noche del 3 al 4 de octubre escuché yo en el Azufral de Túquerres, a unas 40 horas de distancia del Puracé, dos explosiones.

El día 5 por la mañana pude observar desde el mismo punto al Puracé, pero no pude reconocer ninguna columna de humo” (152, p. 61).

1869, octubre 6, 3 p.m. :

“El día 6, a las 3 de la tarde, hubo una segunda erupción del Puracé, con estremecimiento de la ciudad” (M. Boussingault, Comptes rendus. T. LXXVIII, p. 455; 1874).

1870, abril 4, 9:50 p.m.:

“El día 4, a las 9:50 de la tarde, en Bogotá, Colombia, una ligera sacudida instantánea, seguida dos minutos después por una violenta sacudida de norte a sur. Algunos experimentaron un desvanecimiento comparable al mareo, lo que parece indicar una duración un poco alargada. No hubo daños.

La tierra tembló varias veces hasta las 11 de la noche, momento en que tuvo lugar el segundo temblor, acompañado de un ruido como los precedentes. “Los temblores de tierra que son raros en el centro de Colombia, anota Hurlvut, ministro de Estados Unidos, el cual daba ya estos detalles, se deben sus sacudidas a la actividad del Puracé o algún otro volcán del Ecuador” (127, p. 26).

1870, junio 4, 3 p.m.:

“El 4 de junio de 1870, después de las tres de la tarde, se oyeron ruidos sordos subterráneos, y se notó agitación y desvío de la aguja magnética. A las nueve y media de la noche se sintió un fuerte sacudimiento horizontal rectilíneo en dirección S.E.N.E. Es de notar que la mayor parte de los terremotos que han conmovido el suelo de la capital han tenido lugar en los equinoccios, tiempo en que tienen mayor intensidad las corrientes termomagnéticas” (97, p. 417).

1870, agosto 1^o:

“El 1^o en la Nueva Granada fuerte temblor; grieta en el suelo y emisiones de vapores” (127, p. 122).

1870, septiembre 18, 7:40 a.m.:

“En Rosario de Cúcuta, Colombia, fuerte temblor de sur a norte” (127, p. 126).

1871. marzo 4-6:

“El 4 y el 6 en Bogotá, Colombia, sacudidas indicadas por

M. Dieffenbach". (Note sur le tremblements de terre 1871, Tomo 24, Academie Royale de Belgique, 1875).

1871, marzo-abril.—En Popayán.

Acerca de estos temblores de marzo y de abril de este año hay una nota que dice:

"Leemos en los principios de Cali lo siguiente, que se refiere al volcán de Puracé: En los últimos días de marzo y primeros de abril el volcán de Puracé ha tenido inquietos los ánimos. Los pueblos de Puracé y Cononuco han sufrido en cuatro o cinco días como 180 sacudimientos notables, de los cuales 14 han alcanzado hasta Popayán. Se nos dice que en tres o cuatro leguas a la redonda del volcán se advierte una vibración constante del suelo, interrumpidas de cuando en cuando por movimientos de trepidación, a los cuales precede ese ruido sordo a que dan vulgarmente el nombre de bramidos del páramo. Los habitantes de los dos pueblos mencionados han emigrado casi todos". (La Caridad, Bogotá, 4 mayo, 1871, año VI, No. 46, p. 725).

1872, diciembre 17, 4:20 a.m.—Una pequeña sacudida fue informada por la prensa: "El doctor Dudley escribe desde Bogotá que el 17 de diciembre, a las 4 horas 20 minutos a.m., un pequeño temblor tuvo lugar durante 20 segundos; su dirección parecía ser suroeste; despertó y aterrorizó a la población". (Richar Hayes, The Transactions of the Academy of Science of St. Louis, Vol. III, 1868-1877, p. 244).

1873, mayo-junio.—Temblor de tierra en La Uvita, Boyacá:

"En días pasados se sintió un fuerte temblor de tierra, en la Uvita (estado de Boyacá, cerca de Soatá). El movimiento fue de bastante consideración según lo dice una carta que oímos leer" ("El Tradicionalista", Año II, Trim. II, Bogotá, sábado 14 de junio, 1873. No. 183, p. 854, col. 1).

1873, noviembre 1º, 11:55 p.m.—Temblor de tierra en San José, Santander:

"De El Comercio de San José del 6 noviembre: el 1º del presente, a las 12 menos cinco de la noche, se sintió en esta

ciudad un movimiento terráqueo, fuerte, precedido de un prolongado ruido subterráneo". ("El Tradicionalista", Año II, Trimestre IV, sábado 22 de noviembre, 1873, p. 1.128).

1875, febrero 19, 11:15 p.m.:

"El 19 de los corrientes a las once y cuarto de la noche se sintió en esta ciudad un temblor de tierra. No hizo daño alguno; pero se sabe que en Ambalema y en otros puntos fue algo más que sensible". ("El Tradicionalista", feb. 23 de 1875, p. 1.690, col. 2).

1875, mayo 18, 11:15 a.m.—En este día las villas del Rosario y de San José de Cúcuta fueron totalmente destruidas por el terremoto más catastrófico de Colombia.

La Villa del Rosario era una ciudad histórica y tranquila. En 1821 se habían reunido en la sacristía de su iglesia, a medio construir, los miembros del Congreso de la Gran Colombia. Había sido fundada en 1750 y gozaba del título real de villa desde fines del siglo XVIII. Casi todas las casas eran de estilo colonial español, con teja de barro, muros de tapia y patios interiores.

En el censo de 1870 se le habían calculado 4.497 habitantes y comprendía un área de 7 manzanas.

San José de Cúcuta tenía, el año del terremoto, unas 54 manzanas y después del mismo solamente quedaron unos pocos muros en pie. En 1851 la visitó don Manuel Ancízar y la describe así:

"S. José, capital de la provincia de Santander, tuvo su origen a principios del siglo pasado en unos ranchos anexos a la cercana parroquia de Cúcuta. Por los años de 1734 formó cuarto separado con el nombre de S. José de Guasimal y en 1792 se halló tan próspero que obtuvo el título de villa, dejando el apelativo de Guasimal por el de Cúcuta, en memoria de su origen. Finalmente la legislatura de 1850 creó esta provincia, i designó la villa, de S. José para centro de la gobernación. Encuéntrase a 294 metros de altura con respecto al nivel del mar, sobre la ribera izquierda de Pamplonita i en un llano arenoso rodeado por colinas estériles. La temperatura oscila

entre 21° centígrados, que es la de noviembre a febrero, y 32° cuando la estación calurosa de julio a octubre; ..." (65, pp. 54-55).

La villa de Cúcuta contaba con 3 iglesias: la matriz, la de San Juan de Dios y la capilla de Santonia; dos plazas: la de Santander y la de San Juan de Dios, la casa municipal, el hospital, la carnicería y dos teatros: el del Instituto Filantrópico y otro que estaba en construcción.

Tres o cuatro sacudidas precedieron el terremoto durante los días anteriores, y ellas fueron suficientes para alarmar a la ciudadanía, agrietar los muros y arrojar al suelo objetos de las mesas. Uno de los testigos refiere así la primera sacudida, anotando que era un domingo por la tarde, 16 de mayo de 1875 (dos días antes del terremoto): "Caminábamos a lo largo de un amplio corredor, cuando de repente oímos un ruido como el de carros o de gente que corre huyendo de un toro salvaje. Caminamos en medio de vibraciones que en vez de inspirarnos terror nos dieron un sentimiento agradable".

Una segunda sacudida preliminar sorprendió a los habitantes el 17 de mayo, a las 5 a.m.; pero menos intensa, haciendo correr a la gente a los patios y jardines.

Hubo otra sacudida en la tarde del mismo día, y quizá otras dos más la víspera de la catástrofe. Por eso el pueblo de la villa de Cúcuta estaba aterrado con los temblores.

El gran terremoto, ya famoso en Colombia, tuvo lugar el 18 de mayo de 1875, y el reloj de la iglesia se encontró en el suelo marcando aún la hora fatídica: las 11:15 de la mañana. Testigos refieren que, sin exageración, duró entre 40 y 50 segundos y que hubo tiempo para hacer varios viajes desde el interior de la casa a la calle, con el fin de rescatar a niños y enfermos. Acerca del número de víctimas hay algunas exageraciones. Algunos dicen que subieron a 2.000, otros dicen que la lista de los muertos era de 900 a 1.000. Sin embargo, el número de cadáveres sacados de las ruinas y contados fueron: mujeres: 253, hombres: 208, total: 461.

El terremoto fue destructor en todas las poblaciones vecinas de Colombia y Venezuela, en un radio de 80 kilómetros y así sufrieron San Luis, Arboledas, Salazar de las Palmas, Gra-

malote, Bochalema y San Faustino, en Colombia; y San Antonio, San Cristóbal, La Mulata, La Grita, Colón, en Venezuela. Aún a 100 kilómetros de distancia hubo daños como en Sinacota y más allá de Mérida, y fue sentido en Caracas y en Bogotá. La ciudad tendría entonces unos 15.000 habitantes.

Efectos y otros detalles: los testigos de vista concuerdan todos que de todos los muros de las casas y de las calles se formó una nube de polvo, que envolvió a la población y a toda la atmósfera como si una persona estuviera martillando sobre los muros. La gente pedía socorro de entre las ruinas con lloros y gritos. Nadie se daba cuenta de lo que pasaba. La tierra empezó a ondular, se abrieron y cerraron grietas, en la superficie. Algunos niños sentían placer en saltar sobre las grietas que se abrían y cerraban. Uno de ellos llamó la atención de su padre sobre este fenómeno, pero la expresión fue tan triste que el niño permaneció taciturno. El señor Vicente Morán cabalgaba en una mula y estaba para cruzar el río Pamplonita cuando la mula perdió el equilibrio y cayó al agua; entonces con el temblor las aguas del río cambiaron de dirección y empezaban a moverse hacia arriba por unos cuantos segundos. El río corre de sur a norte, y se concluye por esto que la oscilación debió ser de norte a sur y tan fuerte que cambió la dirección del río. Los árboles parecían bambolear y algunas palmas enormes vinieron a tierra con gran ruido. Por las faldas de las montañas inmensos peñascos se deslizaban aumentando el pánico de mujeres y niños.

Por aquel tiempo se había establecido la comunicación telegráfica con la capital. La oficina del telégrafo se arruinó, pero el telegrafista, tomando algunos pocos instrumentos, se fue a la ciudad de Chinácota y telegrafió las noticias de la catástrofe a Bogotá. Sus telegramas eran leídos públicamente en el atrio de la catedral de Bogotá.

Hubo gran pillaje en medio de las ruinas, y 7 personas fueron juzgadas y sentenciadas a muerte.

En medio de las ruinas de su almacén se salvaron el joven Benjamín Herrera, futuro general, y el doctor Foción Soto.

Luis Febres Cordero ha reunido en un libro muchos docu-

mentos algunos de ellos inéditos, sobre este temblor y de allí copiamos lo siguiente:

“Las ruinas de la iglesia de S. Antonio sirvieron de lecho funeral al cura de la ciudad, doctor Domingo Antonio Mateus. Salió a uno de los patios interiores donde tenía un viñedo y las paredes cuarteadas del templo y de su casa le oprimieron” (62, p. 284).

“A poca distancia se halla la Quinta Santander, en donde nació el general, y que se ha convertido en una hermosa hacienda propiedad del señor Eliseo Suárez. Hasta el 18 de mayo de 1875 existía en ella la casa alta donde nació nuestro héroe; destruída por el terremoto, la que hoy existe es baja y ni el aspecto conserva de la que fue en un tiempo” (62, p. 284).

Basta para finalizar decir que las pérdidas se calcularon entonces en muchos millones de pesos, pues las casas destruídas totalmente, con sus respectivos mobiliarios, pasaron de 1.500. Joyas y mercaderías quedaron bajo los escombros o fueron robadas, o devoradas por los incendios, que ocurrieron en las mismas ruinas, hubo pérdidas de miles de sacos de café y otros productos.

Muchas son las descripciones de testigos y solamente bastará citar la que ofrece Pérez Ferrero, con algunos datos particulares de cierto interés:

“A las once y cuarto de la mañana, a la hora en que los habitantes en su mayor número almorzaban, sintióse un ruido subterráneo y prolongado, cual si se desprendiesen grandes masas interiores de la tierra, al que sucedió inmediatamente el primer sacudimiento de trepidación y en seguida otro y otros más de oscilación que destruyeron totalmente la ciudad en un muy corto número de minutos. Nosotros vimos caer los edificios de toda una calle en que estaba la Botica Alemana, como caen las cartas de naipes en sucesión continua, en confusión horrible, pues sus edificios caían hacia afuera cubriendo las calles, otros sobre el interior, formando unos y otros, montones de escombros, produciendo ruido espantoso en el derrumbe de las paredes, junto con el crujir de las maderas, los gritos de espanto y de clamor de tantas víctimas; una nube espesísima de polvo producida al desplo-

marse los edificios nos envolvió a los sobrevivientes, penetrándonos por la boca y narices hasta dificultarnos la respiración; y habríamos perecido indefectiblemente por asfixia, si un viento huracanado no hubiera arrastrado aquella nube de polvo. Despejado el horizonte podimos darnos cuenta de lo acontecido.

¡Que horror! Ni un solo edificio, ni una pared siquiera en pie se divisaba en la extensión abarcada por la vista; a los oídos llegaban en confuso clamoreo los ayes y lamentos de los heridos, los gritos de cuantos sobrevivían clamando misericordia. Un momento después vimos salir de entre las ruinas al inolvidable amigo Ireneo Baptista, sin podernos reconocer el uno al otro por lo desfigurados que estábamos, cubiertos de polvo y en el semblante la expresión del terror, nos creímos recíprocamente muertos que surgían de sus tumbas.

Los movimientos terráqueos se sucedían instante por instante, de trepidación unos, de oscilación otros, y la idea de perecer era general.

Tuvimos ocasión de ver acobardados a los sobrevivientes, y, aquellos que alardeaban ser impíos, hacer plegarias públicas demandando misericordia al Señor de los cielos y de la tierra. Uno de esos impíos al avistarse con nosotros, exclamó: "es preciso creer Julio, es preciso creer".

La fuerza nacional que existía en la ciudad, abandonada de sus jefes, se entregó a la rapiña; y las autoridades todas aterradas abandonaron también la ciudad, quedando las ruinas a merced de los ladrones, que aumentaban sus filas con cuantos veían sacar cuantiosos dineros de las cajas de hierro. Si es verdad que hubo escenas de sangre y de pillaje que podían pregonar un grado de considerable degeneración moral, también es cierto que hubo actos de heroísmo inspirados por una idea elevada de las obligaciones morales. Rafael Salas, por ejemplo, joven dependiente del señor don José María Catalán, quedó sepultado en las ruinas de la botica en que servía, expuesto al incendio que había comenzado en diversos puntos de las ruinas; y cuando fueron su padre y sus hermanos a sacarlos de aquella horrible situación les dijo: "saquen primero a la familia del señor Catalán".

La señorita Enriqueta Ferrero caminaba sobre las ruinas con la dificultad que es de suponerse y desconcertada por completo, tropezó con algo extraño, y observó que era una cabeza humana a la que le quitó toda la tierra que la rodeaba, con lo que el sepultado, que era don Alcibiades González, pudo respirar y volver a la vida. De ahí no se separó la señorita hasta que pudo conseguir personas que sacaran a la víctima y la pusieran en salvo. Don Alcibiades sobrevivió muchos años y en más de una ocasión le oímos relatar ese episodio" (126, pp. 56-70).

El arqueólogo Adolf Bastian nos dice que en su visita a Manizales "la torre de la iglesia mostraba una rajadura de los días del terremoto de Cúcuta" (29, p. 249).

Olano también cuenta que el terremoto causó graves daños en Popayán.

1875, mayo 28, Bogotá, 1 a.m.:

"El correo nos trae la noticia de que en la noche del 27 a la una se sintió un fuerte temblor. Este mismo movimiento lo sintieron en Bogotá algunas personas. Parece que el 28 por la noche se repitió. ¿De dónde viene este nuevo terremoto?" ("El Tradicionalista", junio 1^o, 1875).

1875, mayo 28.—La réplica debió afectar a Chiquinquirá por el siguiente telegrama:

"Mayo 28. Ultima hora.—Al comunicar hoy partes telegráficos de Chiquinquirá, el telegrafista de allá comunicó al de aquí que en Chiquinquirá se acaba de sentir un fuerte sacudón de tierra" ("El Tradicionalista", mayo 28, 1875).

1877, noviembre 18:

"Temblores.—El 18 del presente, a las 2 y 5 minutos de la mañana, se sintió en el Socorro, San Gil, Zapatoca y Barichara un fuerte sacudimiento de la tierra en dirección norte-sur. Ignoramos aún la influencia que esto haya tenido en el norte del Estado de Santander" ("El Zipa", Año I, N^o 17, Bogotá, nov. 29, 1877, p. 195).

1878, febrero 9, 2:30 p.m.:

“El 9 de febrero de este año (1878) a las dos y media de la tarde hubo un fuerte temblor en Manizales y se calculan los perjuicios ocasionados por este accidente en más de cien mil pesos. Es de las ciudades más pobladas del Estado pues tiene 10.562 habitantes y dista de Bogotá 38 miriámetros” (58, p. 139).

Sobre este mismo temblor, sentido en Bogotá levemente, pero con mayor violencia en Manizales, existen los siguientes datos:

“Temblor. El que se sintió en Bogotá el 9 de los corrientes, fue funesto para la ciudad de Manizales, cuyos habitantes esperaron en medio de una consternación espantosa, la destrucción completa de sus hogares, la que afortunadamente no se efectuó.

Sin embargo, los daños sufridos por los edificios representan una pérdida que se calcula en \$ 100.000” (El Zipa, Año I, N° 29, Bogotá 21 de febrero de 1878, pp. 337-38).

“El sábado último, a las tres y cuarto de la tarde se sintió en Bogotá un ligero sacudimiento de tierra. Según telegramas recibidos el lunes de la presente semana, el mismo día y a la misma hora, poco más o menos, acaeció un fuerte temblor en algunas poblaciones del Cauca; se asegura que en Salento se derribaron algunas casas y que en Cartago causó también algunos ligeros daños. El próximo correo traerá sin duda noticias detalladas sobre esto, que comunicaremos oportunamente a nuestros lectores” (“El Zipa”, Año I, N° 28, Bogotá, 14 de febrero de 1878).

1878, octubre 4, 7:30 a.m.—“El Diario” de Cundinamarca trae una carta de Popayán, en que dice que en esta fecha, a las 7:30, hubo un temblor de tierra, quizás más violento que el de 1827, que dejó huellas en casi todos los edificios.

1882, septiembre 7, 2:50 a.m.—Un gran terremoto conmovió todo el territorio del istmo de Panamá y gran parte del Chocó y Antioquia. Se cuenta que un nuevo cráter se abrió cerca a Río Sucio a 40 millas del Atlántico, en la región del Atrato, y se produjo una erupción de arena y cenizas.

“Los temblores de tierra y retumbos fueron muy numerosos e hicieron huir los habitantes del país. En Turbo, sobre

el golfo de Urabá, una fuente termal se hizo paso a través de las calles e inundó completamente la localidad que sufrió mucho..." (127, p. 247).

Parece que estos movimientos de tierra afectaron enormemente el espíritu de los constructores del Canal de Panamá, según la comunicación hecha por M. de Lesseps el 6 de noviembre de 1882, en la cual se dice que el cable entre Panamá y Jamaica se rompió.

Un testigo ocular aparece con la siguiente narración reproducida en "The Republican" de St. Louis, Missouri (octubre 16, 1882):

"Un poco antes de las 3 de la mañana del 7 (septiembre, 1882) me despertó un ruido fuerte, ronco, extraño que yo inmediatamente, por la experiencia de Valparaíso, me di cuenta que era de un terremoto. Inmediatamente después el mar se agitó violentamente aunque no había ninguna onda marina como en el caso de Santo Tomás, y el vapor en donde yo estaba (Puerto de Panamá) se movió como si estuviera corriendo a toda velocidad y encalló en una playa con guijarras. Luego siguió un silencio interrumpido desde tierra por los gritos de la multitud aterrorizada. Tan pronto como amaneció me fui a tierra. La población todavía estaba en pie, pero la gente estaba rogando, gritando y quejándose como si fuera el fin del mundo y como si la trompeta preliminar hubiera sonado. Todo mundo estaba tan nervioso que no pude obtener dos comentarios iguales acerca de la duración y dirección del movimiento, pero comparando notas con unos pocos de los más moderados vine a la conclusión de que el temblor había durado entre 40 y 45 segundos, que había venido del norte y seguido hacia el sur, y que había tenido un carácter oscilatorio mareante... Luego me di un paseo por la ciudad de Panamá y encontré, casi sin excepción, que todas las casas se habían más o menos arruinado. Es la costumbre en esta ciudad techar las casas con tejas pesadas de barro, y estas fueron arrojadas en todas direcciones como si la ciudad hubiera sido destejada por un viento fuerte o las tejas hubieran sido levantadas como muchos paraguas en una tormenta. Las iglesias sufrieron más o menos, las cruces de las torres se rajaron, las campanas tocaron, las ventanas se dañaron, los nichos perdieron sus estatuas, y las piedras de los pisos se levantaron en super-

ficies disparejas como si fuera un campo de lava. Las dos iglesias que mostraron señales de mayor destrucción fueron la catedral y Santa Ana, la última perdió el campanario que vino a tierra con la primera vibración. El daño de la catedral fue mucho más extenso: la fachada por fuera se rajó de arriba abajo entre las dos torres, cayeron los campaniles y una horrible grieta apareció en los muros del sur. Me aventuré por una de las naves y todo era ruina. Algunos arcos se habían dañado, mientras que el techo se había arqueado peligrosamente”.

1883, marzo 8, 7 p.m. y marzo 23.—El temblor de Panamá debió producir una serie de réplicas y las que tuvieron lugar este año afectaron a la ciudad de Panamá, Cartagena, Yarumal, Medellín, etc. Así se comentaba entonces en el “Papel Periódico”:

“Fuerzas fueron en concepto de quienes los sintieron los temblores del 8 del corriente (marzo), a las 7 de la noche, y del 23 a eso del amanecer. El temblor del 8 no produjo ninguna desgracia en esta ciudad, pero en Antioquia ha tomado las proporciones de un verdadero terremoto y ha causado graves daños, especialmente en las poblaciones de Antioquia, Yarumal y Santa Rosa. El del 23 parece que ha dañado un tanto la torre norte de la catedral” (“Papel Periódico”, N° 37, Año II, 1883, p. 212).

1883, mayo 21:

“Un temblor de tierra en Mompós, Estado de Bolívar, Colombia” (127, p. 252).

1884, noviembre 6:

“Temblor sentido en Cali (Milne, John. “A Catalogue of Destructive Earthquakes”, London, 1906).

1885, mayo 25, 3 p.m.—Este terremoto dio en el suelo con la rudimentaria arquitectura del Santuario de Belén en Popayán.

Solo se salvó la alta cruz que existía en su parte delantera desde 1789. Esta desgracia motivó la erección, en el mismo terreno, del actual Santuario de cal y ladrillo, trazado en

forma de cruz latina y que es uno de los más bellos edificios de la ciudad. También arruinó varios templos de Popayán, como el de San José que servía de catedral, y que perdió la parte central y parte de una torre, quedando el resto con daños de mucha gravedad. En la iglesia de San Francisco los desperfectos fueron graves y de costosa reparación. Los daños en la iglesia de la Encarnación, aunque no fueron iguales a los de San Francisco, exigieron algún costo para repararlos. Todas las casas sufrieron algo, unas más que otras, ocasionando pérdidas por millones de pesos. También sufrieron gran deterioro las iglesias y edificios de pueblos circunvecinos.

D. Glodomiro Paz refiere así el hecho:

“Poco después de las tres de la tarde, los tranquilos moradores de la ciudad corrían como locos por las calles y plazas implorando el auxilio divino. El suelo se sacudía fuertemente y las gruesas paredes de cal de los edificios se balanceaban, cual impulsadas por diabólica fuerza. De pronto un ruido ensordecedor se dejó oír: la cúpula de la iglesia de la compañía y parte de algunos otros templos se desplomaron. Las gentes presurosas se apiñaban en la plazuela y calles adyacentes de la compañía.

En ese templo se celebraba la devoción de las cuarenta horas, y centenares de devotos habían acudido allí a elevar sus preces al Altísimo. Muchas personas echaban de menos algún deudo querido, y sobresaltados esperaban ver aparecer entre el hacinamiento de piedras, tierra y maderas de la iglesia, los desfigurados cuerpos de sus madres, esposas e hijos.

“Armados de palas, azadas y cuantos instrumentos se hallaron por de pronto, varios individuos se dieron a remover escombros. Por allí se encontraba uno próximo a morir asfixiado, en otro sitio un cadáver aún caliente, más allá otras víctimas” (123, Nos. 241 a 250, pp. 908-909).

1887, julio 20.—En Bogotá consigna así el Pbro. J. Gómez este terremoto, en su observatorio del seminario de Bogotá:

“El 20 de julio temblor a las 8 h. 5 m. a.m.; dos oscilaciones N-S, pequeña amplitud” (83, Vol. I, N° 2, p. 361).